

manifiesta de todo derecho admitido, y la exclusion de sus sobrinos de la sucesion al trono fué un acto de legalidad muy dudosa. En cambio, la toma de posesion de la corona longobarda fué un acto grande y característico de Carlos y que le distingue de sus antecesores; verdad es que no hizo mas que concluir lo que aquellos empezaron, porque nada nuevo ni original ofrecen sus relaciones con los longobardos, con el papa, con los sajones, bávaros, avaros y árabes; ni su gobierno interior, ni la institucion de mensajeros, ni la de los jueces y adjuntos (prácticos en los usos á falta de leyes), ni la alianza estrecha con la Iglesia, ni la proteccion á los trabajos de propaganda y conversion; pero sí Carlos solo concluyó lo que sus predecesores habian empezado, lo hizo de una manera tan grande que formó época en la historia, porque saliendo del horizonte franco, haciéndose emperador de Occidente y protector supremo de la cristiandad del Occidente, sin contar otros actos de política universal, mereció tanto ó mas que ningun otro monarca el sobrenombre de «el Grande,» y grande fué hasta en sus actos mas vituperables.

Sin embargo, Carlos, al completar la obra de la creacion del imperio franco, fué tambien el que introdujo el germen de su disolucion; pues con la conquista de la corona longobarda y la adquisicion de la corona imperial, con el aumento de la importancia y fuerza de la Austrasia como consecuencia de la anexion del pueblo sajón, preparó sin sospecharlo el desmembramiento del imperio franco antiguo. Otra consecuencia mucho mas singular de la nueva situacion y que se presentó casi inmediatamente, fué el cambio en la posicion de Carlos respecto del papa, pues como rey de los longobardos tuvo que rechazar las pretensiones de la silla de San Pedro, y comprendió que no fué simplemente por «perversidad diabólica» por lo que los reyes longobardos que le habian precedido estuvieron casi siempre en desacuerdo con los papas, sino que tambien él, con ser el protector tradicional de San Pedro contra los longobardos y servidor devoto y sumiso del papa, habia tenido que ponerse frente á él tan pronto como ciñó la corona longobarda.

Desde luego quedaron separados definitivamente de esta corona los dos ducados de Benevento y Espoleto; el primero continuó independiente por algunos años, teniendo por soberano á Ariquiso, yerno de Desiderio, y Espoleto habia caído por lo pronto bajo el protectorado del papa.

Las otras ciudades longobardas enviaron representantes y declararon su sumision al reino franco.

Desiderio fué conducido probablemente con los suyos primero á Lieja y despues él solo á Corbie á orillas del Somme, donde pasó el resto de su vida dedicado á los deberes monacales. No hay motivo para creer que hubiese sido cegado y conducido cargado de cadenas á Paris (1).

La leyenda se ha apoderado naturalmente muy temprano del triste fin del rey longobardo, que segun ella miró desde las murallas de Pavía sin espantarse á todos los caudillos y las disposiciones de asedio de los francos; pero al fin cuando reparó en un guerrero formidable todo cubierto de hierro, se estremeció y tuvo miedo. El guerrero cubierto de hierro era Carlomagno. Otra leyenda hace mirar desde las murallas á la hija del rey, la cual al ver á Carlos se enamora de él y le abre una puerta de la ciudad. Fábula es tambien la traicion de Pedro, que despues fué obispo de Verdun (2).

(1) *Translatio St. Lantherii martyris*, *Annal. Lohb. Scr.*, II, 195. *Annal. Sangallens.*, *major. Scr.*, I, 75. *Chron. Noval.*, III, 14. *Scr. Langob.*, pág. 601. Paulo Diácono, *Gesta ep. Mettens. Scr.* II, 265. Se ignora dónde fué sepultada la reina Ausa, ni consta la autenticidad de su epitafio, atribuido á Pablo Diácono.

(2) *Gesta episc. Verdunens.*, escrita por Bertaro, c. 920. Wattenbach, I, pág. 251.

En 16 de julio firmó Carlos todavía en Pavía una carta de donacion á favor de San Martin de Tours (3). En 14 de agosto le encontramos ya en Lorsch (4), adonde habia ido probablemente al tener noticia de la expedicion devastadora de los sajones, que entonces habian incendiado á Fritzlár. Desde Lorsch pasó á Worms, donde estuvo el 2 de setiembre, y desde allí á Ingelheim, desde cuyo punto envió cuatro partidas de hombres armados en persecucion de los sajones que volvian á sus comarcas (5).

En enero del año 775 hubo en Quierzy una asamblea de notables en la cual se decidió atacar á los sajones á fuego y sangre hasta someterlos y convertirlos al cristianismo, ó de lo contrario, no parar hasta dejarlos exterminados; es decir, que en aquella asamblea se resolvió convertir ó matar á tres ó cuatro millones de individuos. Véase cómo celebró esta resolucion aquel mismo año uno que se tituló «poeta sajón,» (*Poeta Saxo*): «Decidió Carlos que no se dejase reposo á los sajones hasta que abandonando sus creencias y usos paganos adorasen á Cristo ó quedasen exterminados para siempre. ¡Oh misericordia bendita de Dios! Quiere Dios que todo el mundo consiga la salvacion eterna, y como sabe que esta raza terca solo á la fuerza se inclina bajo el suave yugo de Cristo, le ha destinado semejante doctor y maestro, el sublime Carlos, á fin de que éste someta con la guerra á los que no pueda convencer, y los salve á la fuerza y contra su voluntad.» Mejor que este piadoso poeta no es posible expresar, ni con las imprecaciones mas furiosas, la iniquidad de aquel imperio y rey cristiano que por su conveniencia se propuso cristianizar ó exterminar á todo un numeroso pueblo (6).

Se ve que gustaba á Carlos hacer las cosas completas, y siguió con los sajones como con los longobardos su política grande, pero de todos modos abominable; algo como la política de la Roma antigua, con la diferencia de que Carlos pretendia estar inspirado por Cristo.

Entretanto, Lull, ya que no habia podido someter completamente á Fulda, habia fundado el monasterio de Hersfeld, para el cual le concedió Carlos en Quierzy, el 5 de enero de 775, inmunidad y cierta independencia de la silla de Maguncia, eleccion del abad y grandes bienes, entre otros el diezmo de la sal de Salzungen del Werra (7).

Celebróse otra asamblea de francos en Duren, donde en 28 de julio tuvo efecto una ordalia que hizo ganar á San Dionisio un litigio contra la diócesis de Paris (8), y el 3 de

(3) A saber, la isla de Sermione del lago de Garda, con el convento construido en ella por la reina Ausa; y además Peschiera, Lione, Valcamonica desde el Tonale hasta los dominios de Brescia y Bergamo. Bouquet, V, pág. 724.

(4) *Chron. Lauresh. M. G. Scr.*, XXI, 348.

(5) En Duren, quizás el 7 de setiembre, firmó una donacion á favor de la iglesia de San Dionisio de Herbrechtingen; el 14 del mismo mes otra en Fulradweiler y en 24 otra carta concediendo inmunidades á Fulda á solicitud de Sturm; en Verberie falló á favor de San Dionisio respecto de los derechos de la feria del 9 de octubre. Bouquet, V, página 729, y en diciembre firmó en Saunoncy una donacion á favor tambien de San Dionisio. La fiesta de Navidad la pasó en Quierzy. *Annal. Lauriss.*

(6) Véase Pertz, *Scr.*, I, pág. 251; y los *Anales* de Eginardo hasta el año 801.

(7) Sickel, *Reg.*, y Muhlbacher, núms. 172 y 173. En 22 de enero firmó allí mismo carta de confirmacion á favor de Metz (Bouquet, V, pág. 727); despues en San Dionisio y Quierzy, el 14 de marzo, á favor de San Dionisio (Bouquet, V, págs. 729-731); en 26 de marzo, en Pascua, 4 de abril, y en Quierzy, á favor de Murbach; el 3 y 10 de mayo en Thionville, á favor de Flavigny, y de San Martin de Tours. Desde 24 de mayo hasta 26 de junio volvió á residir en Quierzy, donde hizo concesiones al convento de Farfa, en el ducado de Espoleto, en 9 de junio á favor de Honau, y en 26 de junio á favor de San Dionisio. — Muratori, Migne, Bouquet.

(8) Bouquet, V, pág. 734.

agosto hizo allí Carlos una donacion al monasterio de Hersfeld (1).

Desde Duren emprendió Carlos otra campaña muy sangrienta contra los sajones, de la cual trataremos en la cuarta parte.

En Italia se habia armado entretanto una disputa entre el papa y el arzobispo Leon, de Rávena, sobre las posesiones procedentes del imperio oriental y del reino longobardo. El arzobispo habia sido siempre partidario celoso del imperio franco, enemigo del longobardo y terco en sus relaciones con el papa Adriano, como que habia hecho matar contra la voluntad de éste á Paulo Afiarta. El papa dirigió á Carlos acusaciones muy graves contra este prelado, pero Carlos se mostró, sobre todo al principio, favorable al arzobispo, y hasta mandó prender por graves delitos á mensajeros del papa especialmente recomendados por éste. A fines del año 774 quejóse Adriano de Leon, tachándole de perverso y excesivamente insolente. Sobre todo, desde que Carlos habia salido de Pavía, Leon, segun escribia el papa, habia pretendido, á título de donacion hecha á él por Carlos, las ciudades de Faenza, Forlópuli, Forli, Cesena, Bobio, Comiacum, Imola, Bolonia, el ducado de Ferrara y la Pentápolis. Los habitantes no habian querido entregarse á él, pero Leon habia expulsado á los empleados del papa de las mencionadas ciudades de la Emilia y habia nombrado, lo mismo que en Rávena, otros suyos. Con este motivo se queja el papa de que la Iglesia está peor que en tiempo de los longobardos, tanto que sus enemigos preguntaban en tono de mofa qué habia ganado el papa con la sumision de los longobardos al rey franco, ya que no se le habia cumplido lo prometido y hasta se le habia quitado lo que Pipino le habia dado. Añade que el malvado Leon queria para sí todo el exarcarado de Rávena, y pide que se le someta á su autoridad. Esta carta fué llevada á Carlos por Anastasio, cubiculario del papa, y Gansfredo de Pisa, que á su regreso refirió al papa «las grandes victorias» de Carlos (sobre los sajones) del mes de setiembre de 774; noticia recibida por el papa con alegría, atribuyendo el suceso á la proteccion de San Pedro, pues que desde la partida de Carlos de Roma el papa habia hecho orar por su salud y sus victorias en todos los conventos, á trescientos diáconos y á todo el pueblo. Por lo mismo, repite que mientras Carlos favorezca los intereses de San Pedro y le cumpla todo lo prometido, podrá esperar ser victorioso.

Gansfredo habia sido amenazado de muerte por el duque Allo á su regreso á la corte de Carlos, y por lo mismo el papa le habia agregado á su embajador, recomendándole eficazmente al rey (2). De una carta del año 775 resulta, sin embargo, que Carlos hizo poner preso al embajador Anastasio porque le habia hablado en términos «inaguantables,» y lo mismo hizo con el longobardo Gardefredo (que seria Gansfredo), porque habia cometido en el palacio varios engaños, haciendo documentos falsos y dando malos consejos al notario del rey. El papa dice en su contestacion que ignoraba estas maldades, pero suplica que ponga en libertad á Anastasio y le envíe á Roma para formarle allí causa y castigarle, diciendo que los longobardos y los de Rávena se alegraban y gozaban porque la prision del embajador era una prueba de que el rey ya no queria al papa, pues que nunca se habia visto que en ningun pueblo se hubiera puesto preso á un embajador de San Pedro, ya fuese un personaje elevado ó humilde. «En cambio, — dice, — gozan de tu favor Pascual y Saracino (quizás embajadores de Carlos) que se condujeron en Roma de una manera inaudita y hablaron mal de mí.» Por

esto pide Adriano en su carta que el rey castigue á estos últimos, y luego expresa la satisfaccion que le causa saber que Carlos piensa ir en octubre á Italia y cumplir todo lo que habia prometido á San Pedro. De esta carta se desprende que el rey y el papa habian hecho un verdadero pacto con obligaciones mútuas junto al sepulcro de San Pedro.

De notar es que Carlos designó á las personas que queria que el papa le enviara como embajadores, lo que prueba que no se fiaba de todos. Pidió por embajador á un abad, Pardo, y el papa se excusó de enviarle por estar este Pardo delicado de salud, pero le envió posteriormente. Carlos, por su parte, dejó marchar libremente al embajador Anastasio.

En 775 el papa volvió á recordar á Carlos sus promesas, diciéndole que bien podia haber conocido al conquistar la corona longobarda cuán valioso era el auxilio de San Pedro; y habiendo sabido que el arzobispo Leon habia ido á ver á Carlos, y no pudiendo impedirlo, tuvo el buen tacto de expresar su conformidad y de añadir que á haberlo sabido le habria dado acompañamiento. A pesar de esto continuó la enemistad entre el papa y el arzobispo, y en 27 de octubre de 775 envió el papa al rey una carta del patriarca Juan de Grado, que avisaba al papa, siendo su aviso probablemente el primero que se daba, de una conspiracion de los duques longobardos. Esta carta decia el papa que habia sido interceptada y leida por Leon, pues que el camino de Grado á Roma pasaba por Rávena, y que el arzobispo, indudablemente, habia comunicado su contenido al duque Ariquiso de Benevento y á los demás enemigos del rey y del papa. Enviaba, decia, esta carta importantísima, dejando él y su escribiente toda comida para no perder tiempo, en lo cual el rey podia ver la falsedad del arzobispo y la lealtad del papa (3).

En un escrito separado que iba en la carta se queja el papa del arzobispo Leon, que desde su regreso de la corte de Carlos se conducia con tanta soberbia que ninguna intimacion del papa atendia; que no dejaba pasar á nadie de Rávena ni de la Pentápolis á Roma para recibir allí nombramientos y órdenes; que habia expulsado y aun puesto presos á los empleados papales de la Emilia y de Gabelum; que se jactaba de que Carlos no habia concedido al papa, sino á él, las ciudades de Imola y Bolonia, por cuya razon nombraba en estas ciudades sus funcionarios. A todo esto añade el papa que confia en que Carlos no faltará á su palabra.

Carlos, sin embargo, comprendió la inconveniencia de cumplir lo que habia prometido en 774 y aun la de dejar al papa lo que entonces ya tenia, como el ducado de Espoleto, el cual se habia puesto bajo la autoridad y proteccion del papa sin consultar al rey y hasta contra la voluntad de éste.

No gustaba tampoco á Carlos que el papa manejara las cosas de Italia como le convenia; y para informarse mejor, mantenía relaciones con el arzobispo de Rávena, y envió al obispo Professor y al abad Rabegando á toda prisa á Italia, con el encargo de ir directamente á Espoleto, sin ver antes al papa, para arreglar allí la situacion. Hasta tal punto prescindió en esta parte del pontífice, que se entendió con los duques rebeldes, los amnistió y hasta nombró al de Espoleto, funcionario suyo, con lo cual quedó el ducado emancipado del poder del papa y bajo la autoridad de Carlos. Este pasó luego personalmente á Italia para someter al duque Hrotgando, del Friul, el único duque longobardo que continuaba rebelde; y aunque Carlos estuvo meses en aquel país, no pasó á Roma á ver al papa. Adriano, en una carta (4), se quejó amargamente á Carlos de que no hubiesen llegado los em-

(1) Muhlbacher, núm. 188.

(2) *Epist.*, LII.

(3) *Epist.*, LV, 183.

(4) *Epist.*, LVI, 186.

bajadores que le había anunciado que irían a Roma con el encargo de entregarle cuanto le había prometido, a pesar de haberles estado aguardando todo setiembre, octubre y parte de noviembre; y habiéndose informado de los funcionarios del rey en Pavía, había sabido que aquellos embajadores estaban en Italia, pero que por entonces no pasarían a ver al papa. El papa envió esta carta al rey con otro escrito separado, que contenía las acostumbradas quejas relativas al arzobispo de Rávena, agregando a los embajadores esta vez al presbítero Pardo, pedido por Carlos. A las quejas citadas anteriormente, añade que habiendo enviado a su sacelario para que condujese a Roma a recibir órdenes a las autoridades de las ciudades que retenía el arzobispo Leon, éste no le había dejado entrar siquiera en las dichas ciudades, y aun había mandado prender y llevar preso a Rávena a Dominico, nombrado por el papa gobernador de la pequeña ciudad de *Gabelle*. Solo la gente de Rímini hasta Eguvio estaba bajo el dominio del papa. En otra carta que envió Adriano poco despues, se queja de que los embajadores de Carlos, a los cuales había enviado, lleno de alegría, caballos y otros medios de viaje, habían torcido camino desde Perusa para ir a ver a Hildebrando, diciendo a los enviados del papa que despues de Hildebrando, irían con ellos a ver al pontífice, todo a pesar de tener orden, como el papa mismo había leído, de ir a verle directamente. Adriano, al ver que permanecían mucho tiempo con Hildebrando, les instó a que pasaran a verle, a fin de que juntos concertaran lo que a la Iglesia y al imperio conviniese, prometiéndoles que despues les dejaría pasar a Benevento.

Esta visita previa del papa era la que quería evitar Carlos, el cual había encargado a sus enviados que pasaran desde Espoletto directamente a Benevento; por lo cual el papa se lamenta en su carta de la humillación que sufrió con este menosprecio, sobre todo, cuando semejante conducta animaba a los de Espoletto a persistir en su rebeldía y desobediencia, y todo decía el papa, «en abierta contradicción con tus cartas, y con tus afirmaciones verbales, de que no habías expuesto tu persona y las de tus francos para adquirir oro, piedras preciosas, plata, fama y súbditos, sino para servir los intereses de San Pedro. Envía, pues, otros embajadores de confianza y bien intencionados y entrégame pronto el ducado de Espoletto, que personalmente me has ofrecido.» El papa decía la verdad, pero el nuevo rey de los longobardos no podía prescindir de poseer a Espoletto, como tampoco habían podido prescindir sus predecesores.

Cuando finalmente se presentaron en Roma, aquellos embajadores habían deshecho ya la conspiración anunciada por el papa (1), entendiéndose directamente con los dos duques, y se limitaron a excitar al papa a reconciliarse con Hildebrando y darle en garantía rehenes. Hízolo así el papa, pero encontró a Hildebrando tan obstinado como siempre. Al comunicar este resultado a Carlos, repite sus avisos respecto de la conspiración de los duques longobardos, y en particular dice que Hildebrando, Ariquiso, Hrotgando, Regimbardo, de Clusium (Chiuse), y Gaido de Vienza (2) habían convenido con Adalgiso y sus aliados griegos en atacar en marzo siguiente por mar y por tierra a las fuerzas de Carlos, echarse sobre Roma, saquear las iglesias, llevarse el *ciborium* de San Pedro, hacer prisionero al papa y proclamar a Adalgiso rey de los longobardos. A estas noticias siguen como siempre los cebos y amenazas del arsenal teológico. La muerte del emperador Constantino V, ocurrida en 14 de setiembre de 775, deshizo probablemente este nublado político,

(1) *Epist.*, LVIII, 192.

(2) Así se lee en *Andr. Bergam. Scr. Langob.* p. 224.

pues los conspiradores longobardos, no pudiendo contar ya con la cooperación de la escuadra bizantina, renunciaron a su proyecto. Los dos embajadores de Carlos, a quienes el papa a la sazón alaba, le hicieron saber a fines del año 775 que el rey pasaría a verle a su regreso del país sajón, si bien antes había prometido estar en Italia en octubre; pero no fué a Italia hasta principios del año siguiente 776, porque tuvo que pasar al Friul, donde Hrotgando se había levantado en armas. El aviso del papa fué el motivo de este viaje en pleno invierno (3). El duque rebelde murió en el campo de batalla. Pura fábula popular, inventada despues, debe ser una victoria alcanzada por los rebeldes a orillas del Livenza, y la traición por soborno de los partidarios del duque (4). Treviso, defendida por Stabilino, suegro del duque, fué tomada por Carlos, que pasó allí la Pascua de Resurrección de 776 (5), y tomó luego a Forum Julii. Nombró gobernadores (condes) para las plazas y territorios conquistados e hizo conducir prisioneros a Francia a muchos longobardos, entre ellos a Ariquiso, hermano de Paulo Diácono (6).

En 7 de febrero de 776 escribe Adriano a Carlos que el obispo de Nápoles le acaba de confirmar la muerte del emperador, ocurrida en 14 de setiembre de 775, pero que esta noticia solo se fundaba hasta entonces en voces vagas. Al propio tiempo impetra el auxilio del rey contra «los sembradores de zizaña y amotinadores de los hombres,» especialmente contra Raginaldo, duque de Chiuse (nombrado probablemente por Carlos), que se había apoderado a mano armada del *Castellum Felicitatis* y llevádolos prisioneros a los empleados del papa, y dice: «No creo que tú y los tuyos hayas venido a Italia para encumbrar a este Reginaldo (7).» Pide luego que Carlos haga salir a este hombre de Toscana, tanto mas cuanto que ya en tiempo de Desiderio había dado motivo a incesantes conflictos y desordenes. Carlos parece que no accedió a este deseo del papa (8).

La noticia que Carlos recibió a su regreso, de un nuevo levantamiento de los sajones le hizo convocar una asamblea de francos en Worms para sofocar la sublevación con energía y rapidez. Pasó la Pascua de Navidad del año 776 en Heristal y la de Resurrección, 30 de marzo, en Nimega (9).

Aquel año convocó la asamblea de los francos en Paderborn, en el país de los sajones, evidentemente para imponer

(3) No es de creer que la conspiración notificada a Carlos por el papa haya sido invención de éste, como han creído algunos, para hacer ir al rey a Italia. El caso fué que a la llegada del rey estaba abandonada la conspiración por la muerte del emperador. Hirsch, *Forsch.*, XIII, 44. Respecto del regreso de Carlos de la campaña de Sajonia, son testimonios las donaciones que hizo al monasterio de Hirschfeld «en la Buconia,» en 25 de octubre de 775 (Sickel, *Reg. K.*, 48-49); a favor de Fulda en Duren en noviembre (Migne, 97, pág. 1043); a favor de Salonne en la comarca de Seille (Bouquet, V, pág. 736); a favor de Prum en Thionville, en noviembre (Migne, I, c. 633, 1053-54). En diciembre firmó en Schlettstadt, donde pasó la pascua de Navidad, otra concesión a favor de Estrasburgo y Honau (Migne, I, c., pág. 937-957). (*Annal. Lauriss.*)

(4) *Scr.*, L, 224.

(5) *Annal. Lauriss.*

(6) En 9 de junio firmó Carlos en Vicenza un documento a favor de Farfa (Muratori, II, 2, pág. 352). En 17 del mismo mes firmó a favor de Paulino, profesor de gramática, una donación de los bienes de Valando, muerto con las armas en la mano luchando contra Carlos, que por lo mismo confiscó su patrimonio (Bouquet, V, pág. 737); en julio firmó en Pratis Gerigio (no identificado todavía) otra donación a favor de Nonantula (Muratori, *Antiquitates*, V, pág. 333; Sickel, *Reg. K.*, 59). No es probable que Carlos pasara entonces el Po, por cuya razón debió de hallarse Pratis Gerigio al Norte de este río.

(7) *Mutationem fecisset.*

(8) *Cod. Carol.*, ep. 60, pág. 197.

(9) *Annal. Lauriss.* En Heristal, en 7 de enero, hizo una donación a favor de Fulda (Migne, I, c., pág. 1058), y otra a favor de Lorsch (*Scr.*, XXI, 341; Sickel, *Reg. K.*, 61); y en Nimega en 10 de junio a favor de Utrecht (Migne, I, c. pág. 1058).

respeto a aquellos bárbaros, de los cuales muchos acudieron y se hicieron bautizar. Entre los caudillos que no se presentaron fué el principal Vidukindo, a quien en esta ocasión se nombra por primera vez y que se había refugiado cerca de Sigfrido, rey de los daneses (1). Allí, en Paderborn, en las selvas de Sajonia, recibió Carlos una embajada hispano-árabe enviada por Ibn-al-Arabí, gobernador de Barcelona y Gerona (2), y no de Zaragoza, como equivocadamente dicen los *Anales* de Fulda, solicitando el auxilio de Carlos contra Abderraman de Córdoba (3).

No se sabe lo que Carlos prometió a los embajadores. Como motivo de su expedición a España, para la cual hizo grandes preparativos, dice Dozy (4) que Carlos la emprendió en auxilio de la Iglesia a instancias de los cristianos de España, que gemían bajo el yugo sarraceno (5). Estas quejas eran, como se sabe, infundadas, y los sajones paganos habrían envidiado la situación de los cristianos en España; bien que esto no impide que Carlos creyera lo que le decían y que se encendiera su celo protector; pero Carlos era demasiado astuto para no haber asido esta ocasión de conquistar y organizar una «Marca española» a modo de baluarte fronterizo de los territorios del Mediodía de Francia contra los árabes vecinos. Marcas fronterizas hasta cierto punto fortificadas, y aun colonizadas, se habían fundado ya contra los sajones, vendos, avares y daneses, pueblos vecinos del territorio franco, y por Pipino II contra los frisones, las cuales servían tanto para proteger el territorio franco contra las incursiones de los bárbaros, como para extender las fronteras del imperio. Las marcas eran para los reyes conquistadores de la Edad media lo que los *limes* para los romanos. Así dice Eginardo con razón en sus *Anales* que (año 778): *Ex persuasione Sarraceni, spem capiendarum quarundam civitatum*, es decir, que Carlos, cediendo a las excitaciones de los sarracenos, se propuso ganar algunas ciudades en España.

De una carta del papa del mes de mayo de 778 (6) se desprende que Carlos le había hecho saber que era inminente un ataque de los árabes a su territorio, en cuyo auxilio iba a emprender su campaña española. Nada confirma que existiera semejante peligro, pero podría ser que los embajadores árabes hubiesen hecho creer a Carlos en su existencia a fin de hacerle ir a España. El papa dice que ora por Carlos y que espera que a los árabes pasará lo mismo que al ejército egipcio en el mar Rojo.

Si Carlos emprendió esta expedición para proteger a los cristianos españoles se equivocó, porque además de los mahometanos, se le opusieron tenazmente en España los cristianos del nuevo reino de Asturias, pues cristianos eran los vascos que descalabraron al ejército franco en su retirada por Roncesvalles; de manera que el verdadero motivo que llevó a Carlos a España, mas que el celo religioso o la actividad belicosa es inquieta, fué deseo de extender sus dominios por aquel lado.

Ya en camino para España pasó Carlos la Pascua de Resurrección, 19 de abril de 778, en la hacienda Cassinogilum (Chasseneuil del Clain, en Aquitania, departamento de Vienne, según Muhlbacher). Allí se quedó la reina Hildegarda esperando su alumbramiento (7). Carlos pasó con su hueste

(1) *Annal. Einh.*

(2) *Annal. Petav. ad annum 778.*

(3) Véase sobre esto la *Historia del Islamismo*, que forma parte de esta *Historia Universal*.

(4) *Histoire des Musulmans d'Espagne*, I, págs. 376 y siguientes.

(5) *Vita Hludovici* (Clodoveo, Ludovico, Luis), c. 2. *Scr.* II, 608: *Laborante ecclesia sub acerbissimo jugo.*

(6) *Cod. Carol.*, LXII, 201.

(7) *Vita Hludovici*, l. c.

el Garona, que separaba la Aquitania de la Vasconia. Había reunido para esta empresa toda la fuerza que pudo sacar de su imperio (8) y al llegar al otro lado del Garona la dividió en dos cuerpos a causa de la dificultad de aprovisionarse en las asperidades de los Pirineos, sin contar que Carlos solía atacar a sus enemigos por varios puntos a la vez con otras tantas columnas, como hizo despues con los longobardos, bávaros, avares, checos (eslavos de Bohemia) y sajones. Entonces se puso en persona al frente de una de las dos huestes, compuesta, según resulta de la composición de la otra, de neustrios, francos, salios y ripuarios y acaso de los francos de la Austrasia occidental, y la condujo sobre Pamplona por los desfiladeros de Roncesvalles entre grandes penalidades. La otra hueste pasó los Pirineos mas hacia el Este, y la formaban los guerreros de Borgoña, Provenza y Septimania con longobardos, austrasianos y bávaros. Los austrasianos y longobardos figuraron por primera vez en la hueste franca, y los bávaros probablemente porque su duque Tasilo había reconocido otra vez la soberanía de Carlos.

Pamplona, la primera ciudad española que encontró el ejército franco, era capital de Navarra, que formaba parte del reino cristiano de Asturias. En lugar de recibir con júbilo al ejército formidable de Carlos y agregarse a él contra los mahometanos, se opuso al extranjero invasor y fué menester apoderarse de Pamplona a viva fuerza, con lo cual quedó muy debilitada la esperanza de fundar al otro lado de los Pirineos una «marca española.» Nada se sabe de que Carlos hubiese tratado de asegurarse la cooperación y alianza de los cristianos españoles antes de penetrar en su país. Al parecer el reino de Asturias se creía bastante fuerte para defenderse contra los mahometanos, muy divididos entre sí, y repugnaba al orgullo español formar a la zaga de los franceses.

También estaban mal las cosas de España bajo otros conceptos para Carlos, pues antes de su llegada habían reñido entre sí sus aliados mahometanos. El yerno de Yusuf había atacado a Abderraman, y como Ibn-al-Arabí no le ayudó, dirigióse contra éste y fué derrotado y asesinado en las montañas adonde se había refugiado.

Desde Pamplona dirigióse Carlos a Zaragoza, despues de pasar el Ebro, y allí se le juntó el otro ejército que había penetrado en España mas al Este. Puso sitio a Zaragoza, pero no pudiendo tomarla, levantó el sitio y volvió a Pamplona. En Zaragoza o Pamplona ya se habían presentado a Carlos sus aliados Ibn-al-Arabí de Barcelona y Gerona, y Abitaur, de Huesca, repitiendo su sumisión y dejando rehenes, como hicieron también otros jefes. Carlos en lugar de dejar una guarnición franca en Pamplona destruyó el castillo, prueba de que no se veía capaz de defender esta plaza contra los cristianos, por manera que esta campaña no dió ningún resultado permanente. Carlos se llevó a Ibn-al-Arabí prisionero, pero le restituyó la libertad al cabo de poco tiempo.

No se sabe si Carlos dividió su ejército también en dos columnas al repasar los Pirineos; pero en la noche del 15 de agosto cayeron los vascos en la hondonada de Roncesvalles sobre su retaguardia, que escoltaba el tren de equipajes, y la destrozaron. Allí perecieron muchos cortesanos y palaciegos, los paladines de la leyenda francesa, de Carlos, que mandaban partidas del ejército, entre ellos el joven senescal Eginardo, el conde palatino Anselmo, el marqués de Bretaña, Rolando (Hruotlandus, Irotland, Crotland, Rotland). Este es el famoso Rolando o Roldan de las leyendas de Carlomagno y de Roncesvalles, y probablemente el mismo que firmó como *comes Rotlan* un documento de Fulrado extendido en

(8) *Vita Carol.*, de Eginardo.